

Chaninito



EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS



Una planchita eléctrica
que aplancha de veras



Nada igual para
alisar la ropa
de las muñecas

Preciosa - y no cuesta mucho

Vén a escogerla
al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

1

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y estación, en todos tamaños, desde \$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, camitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SCHMIDT:

La Nochebuena

Los dos hermanos

Eustaquio

El Condesito

La cruz de madera

El canastillo de flores

El nido del pájaro

La paloma

El honrado Fridolín

La condesa Ida

Rosa de Tanemburgo

La granja de tilos

Los huevos de pascua

La guirnalda de flores

HORAS DE LECTURA:

Todos los días, excepto los lunes, de las 9 a las 12 y de las 12½ a las 5.

Los domingos, de las 10 a las 12.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

**la de la
PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN III

BOGOTA, NOVIEMBRE 15 DE 1934

NUMERO 61

LA PATRIA

Hace algunos días estuve en la barra del Senado, adonde hacía siglos que no concurría. Desde allí pude oír, con recogimiento, un discurso que me conmovió profundamente: era del Ministro de Educación y era sobre la Patria. Cuando dejé el recinto, con las pupilas algo empañadas y las manos ardientes de aplaudir, me reuní con dos amigos, entramos a un café, comentamos los incidentes de la sesión parlamentaria, y hablamos con fervor y emoción de esta tierra bendita donde nacimos. Uno de mis compañeros refirió lo siguiente:

—Hace ya bastantes años—nos dijo—me hallaba en París, después de haber recorrido algunos países de Europa. Estaba en la edad en que se goza con todo, tenía algunos recursos y no se me había pasado por la cabeza regresar a mi patria, cuyo recuerdo, lo confieso con vergüenza, se había debilitado mucho al contacto del medio en que vivía. Un día, por una ligera indisposición, guardé cama, y al siguiente me levanté, pero no salí de la pieza del hotel.

Como no esperaba ninguna visi-

ta, me puse un saco viejo que mi madre, no sé por qué, había acomodado en mi baúl. Al meter la mano en uno de los bolsillos hice dos hallazgos: una moneda de diez centavos y un cigarrillo, no de estos exquisitos Pielroja que estamos fumando ahora, no: era, si mal no recuerdo, un Rey del Mundo, de pésima calidad.

El olor a viejo de aquel saco, el sabor —que me pareció delicioso— del cigarrillo bogotano y la vista de la pieza de plata, trajeron a mi alma una ola de enternecimiento. Me sentí invadido y dominado por un cúmulo de sentimientos amables y empecé a hacer recuerdos de sitios y viajes, de caras amigas, de escenas de la escuela y del hogar, de patios y caminos. Mientras el cigarrillo me traía a la mentela calle de mi pueblo, la fisonomía de mis padres, las palabras de la novia olvidada, la moneda me hablaba de las mil golosinas que podría comprar con ella y que no había vuelto a probar: las panelitas de leche, las cocadas y panuchas de la tienda de la esquina, los vasos de guarrús de donde Dorotea, las

famosas chirimoyas de carne blanca y perfumada de la revendedora Mariana, las manzanas de Chía, las naranjas de Fusagasugá, las papayas de Sasaima, los bocadillos de Vélez, y no sé que cosas más con cuyo recuerdo se me hizo la boca agua.

De aquel torrente de memorias y detalles en que entraban lo pasado y lo presente, los vivos y los muertos, lo amargo y lo dulce, lecturas y conversaciones antiguas, personas y animales, se fue formando en la retina de mi alma la imagen de la patria con tanta intensidad y viveza, que me dominó com-

pletamente. Sentí la necesidad de volver a estrechar todo aquello en un abrazo interminable. . . .

Al día siguiente, me levanté muy temprano, arreglé la cuenta del hotel, escribí algunas cartas a los amigos de París manifestándoles que un negocio de la mayor urgencia me obligaba a ausentarme de la ciudad, compré el pasaje y me embarqué. . . .

No he vuelto a salir de Colombia, y aquí sobre el pecho, en un relicario, junto con unos cabellos blancos de mi madre, llevo la gastada moneda de diez centavos con la imagen del Libertador. . . .



EL MOLINO

Sigue el agua su camino
y al pasar por la arboleda
mueve impaciente la rueda
del solitario molino.

Cantan alegres
los molineros
llevando el trigo
de los graneros.
Trémula el agua
lenta camina,

rueda la rueda,
brota la harina,
y allá en el fondo
del caserío,
a par del hombre
trabaja el río.

La campesina tarea
cesa con el sol poniente,
y la luna solamente
guarda la paz de la aldea.

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

POR JULIO VERNE

(Continuación).

El capitán y el segundo del bergantín se encontraron, por consiguiente, frente a frente, y ambos empuñaban sus cuchillas. Iba a entablarse un combate, que debía ser decisivo.

Para satisfacer por completo su venganza, haciendo que María presenciara la muerte de su prometido, Andrés Vasling se había privado del auxilio de Herming, a quien había enviado a buscar a la joven. No podía, por tanto, contar sino consigo mismo.

Luis Cornbutte y Andrés Vasling entablaron en seguida la lucha, agarrándose mutuamente por el cuello, de tal modo que a uno y a otro les era imposible retroceder. Uno de los dos debía morir.

Como estaban agarrados, sólo podían parar a medias las cuchilladas que se asestaban, y la sangre de ambos no tardó en correr. Andrés Vasling hacía esfuerzos inauditos por derribar a su adversario; pero, como Luis Cornbutte sabía que el que de ellos cayera sería hombre muerto, se debatió con tal coraje que consiguió agarrar a su enemigo por ambos brazos; pero, obtenido esto, se le cayó de la mano la cuchilla que empuñaba.

En aquel momento llegaron a sus oídos los gritos horribles que profería María, quien pugnaba en vano por desasirse de Herming, que trataba de arrastrarla.

Luis Cornbutte, presa de una rabia feroz, hizo entonces un esfuerzo supremo por derribar a su adversario, pero ambos se vieron entonces apretados entre las formidables patas del oso que había descendido de la cofa y arrojándose sobre ellos.

Andrés Vasling estaba apoyado contra el cuerpo de la fiera, cuyas uñas penetraban en las carnes de Luis Cornbutte. El oso apretaba a ambos en su abrazo vigoroso.

—¡A mí, Herming! ¡A mí!— gritó Vasling.

—¡A mí, Penellán!— gritó, a su vez, Cornbutte.

Oyéronse entonces pasos en la escalera, y apareció Penellán, con la pistola en la mano.

El timonel se acercó al oso y le disparó en un oído.

La fiera lanzó un rugido de dolor, abrió un momento las patas, y este momento bastó a Luis Cornbutte para deslizarse sobre el puente, desasiéndose del abrazo del plantigrado.

El oso, en la convulsión de la agonía, volvió en seguida a apretar las patas, y cayó arrastrando consigo al infame Andrés Vasling, que quedó despedazado.

Penellán se apresuró a socorrer a Luis Cornbutte, que, sin ninguna herida grave, había perdido momentáneamente el sentido.

—¡María!— exclamó al abrir de nuevo los ojos.

—¡Salvada!— contestó el timonel, que agregó: —Hermining está ahí tendido con una cuchillada en el vientre.

—¿Y los osos?

—Muertos, como nuestros enemigos; pero puede asegurarse que, sin la oportuna intervención de las fieras, seríamos nosotros los que habríamos sucumbido. Sin duda alguna, la Providencia envió estos animales en auxilio nuestro. ¡Bendigamos a Dios, que se ha complacido en socorrernos!

Luis Cornbutte y Penellán descendieron a la cámara, donde María, profundamente conmovida, se arrojó en brazos de su prometido.

XVI

Conclusión.

Misonne y Turquette, que habían logrado romper las ligaduras que los sujetaban, transportaron a Hermining, mortalmente herido, a su cama. Como este miserable se en-

contraba ya en la agonía y todo auxilio habría sido ineficaz, los dos marineros se ocuparon en socorrer a Pedro Nouquet, cuya herida no era grave, por fortuna.

Pero Luis Cornbutte era víctima de una desgracia mayor. Su amante y bondadoso padre no daba señal alguna de vida. ¿Había dejado de existir con la angustia de ver a su cariñoso hijo en manos de sus enemigos? ¿Había muerto ante el horror de la terrible escena? No se sabe. Lo cierto fue que el infortunado marino, agotado por la enfermedad, había abandonado ya este mundo miserable, entregando su alma a Dios.

Este golpe inesperado ocasionó una profunda desesperación a Luis Cornbutte y a María, quienes, arrodillados junto al lecho del difunto, rogaron a Dios con tanta piedad como desconsuelo por el eterno descanso del alma de su padre.

Penellán, Misonne y Turquette, respetando el dolor de los jóvenes, los dejaron solos en la cámara y subieron al puente del bergantín.

Los tres osos muertos quedaron apartados para desollarlos cuando hubiera tiempo, con el fin de aprovechar las pieles; pero no la carne, de la que, por haber disminuído mucho el número de personas que tenían que alimentarse, no había necesidad.

Los cadáveres de Andrés Vasling, Aupic y Jocki fueron sepultados en una fosa que se abrió en la costa y, al día siguiente, fue a hacerles compañía el de Herming. Este murió por la noche, sin haberse arrepentido de sus maldades, con la espuma de la cólera en los labios.

Penellán, Misonne y Turquette computaron el toldo del puente, que había sido rasgado por varios puntos, y lo volvieron a colocar para impedir que penetrase la nieve.

La temperatura era extremadamente fría, y así se mantuvo hasta que el 8 de enero volvió a aparecer el sol en el horizonte.

El anciano marino Juan Cornbutte quedó enterrado en la costa. Había abandonado su patria para ir en busca de su hijo y había encontrado la muerte en aquel clima inhospitalario y horrible. Su cadáver fue sepulta-

do en la cima de un montículo, sobre el cual se colocó una sencilla cruz de madera para que velase su sueño eterno.

Los sufrimientos de Luis Cornbutte y de sus compañeros no habían terminado, sin embargo, pues las inclemencias del tiempo continuaron sometiéndolos a pruebas muy rudas. Esto no obstante, como recobraron los limones sustraídos por Vasling, pronto se encontraron bien de salud todos.

Quince días después de tan terribles acontecimientos, pudieron abandonar la cama y hacer algún ejercicio Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet, y la caza, fácil y abundante, no tardó en ser la distracción de los invernadores, pues las aves acuáticas volvían en considerable número a aquel país tan lejano.

Un día mataron una especie de pato montaraz enorme, que suministró a los marinos excelente alimento. En sus excursiones, no tuvieron que lamentar los cazadores otra pérdida que la de los dos perros, que desaparecieron en una ocasión en que los marinos se habían alejado veinticinco millas del bergantín, hacia el Sur, para ver en qué estado se encontraba la llanura de hielo.

Durante el mes de febrero se desencadenaron tempestades muy violentas y nevó abundantemente; pero estos fenómenos no hicieron sufrir mucho a los invernantes, a pesar de que la temperatura media que reinó fue de veinticinco grados bajo cero. Además, la presencia del sol, que cada día se elevaba más en el horizonte, les inundaba el alma de alegría, porque era el anuncio del término de sus angustias. Debía creerse que el Cielo misericordioso, compadecido de ellos, les enviaba aquel año el calor prematuramente.

En el mes de marzo, fueron vistos algunos cuervos revoloteando en torno del bergantín, y Luis Cornbutte cazó algunas grullas que, en su peregrinación a los países septentrionales, llegaron hasta allí. También se dejaron ver, hacia el Sur, algunas bandadas de gansos montaraces.

Este regreso de las aves revelaba disminución del frío; pero los marineros no confiaban mucho en este anuncio, porque, de

vez en cuando, un cambio cualquiera de viento hacía bajar de pronto tanto la temperatura, especialmente en los novilunios y plenilunios, que se veían obligados a adoptar grandes precauciones para resguardarse.

Ya era tiempo de que terminase la inverna, porque los tripulantes del bergantín habían quemado, para calentarse, todo el parapeto del barco, los tabiques de los camarotes en que no habitaban y gran parte del falso puente. Por fortuna, durante el mes de marzo, la temperatura media fue de diez y seis grados bajo cero, que, comparada con la que hasta entonces habían tenido que soportar los invernantes, era bastante sufrible.

María se ocupó en preparar los trajes de todos para la próxima estación de verano, que aquel año fue, como ya se ha dicho, muy precoz.

Desde el equinoccio el sol estaba constantemente sobre el horizonte. Había comenzado el día de ocho meses, y la claridad perpetua y el calor incesante, a pesar de ser muy débiles, no tardaron en ejercer influencia sobre el hielo.

Se necesitaba adoptar grandes precauciones para lanzar "La Joven Audaz", desde lo alto de los bloques de hielo que lo rodeaban, al mar libre. El bergantín, por consiguiente, fue sólidamente apuntalado, y pareció conveniente esperar que los hielos empezaran a licuarse; pero, como los témpanos inferiores descansaban sobre una capa de agua más caliente, iban desprendiéndose poco a poco y el bergantín iba descendiendo insensiblemente. En los primeros días de abril había ya recobrado su nivel natural.

Con el mes de abril llegaron las lluvias torrenciales que, esparcidas sobre la helada planicie, contribuyeron eficazmente a su descomposición. El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos invernantes se quitaron sus trajes de piel de foca y no fue ya necesario tener encendida la estufa día y noche. El alcohol, cuya provisión no se había agotado, se empleó solamente, desde entonces, para cocer los alimentos.

Pronto empezó el hielo a quebrarse con

sordos crujidos, abriéndose en la planicie grandes grietas, por lo que era peligroso aventurarse en ella sin ir provisto de un palo para sondear el sitio en que iba a ponerse el pie, si no se quería caer al agua, como ocurrió a algunos marineros, que tuvieron la suerte de no recibir otro daño que un baño algo frío.

Las focas hicieron su aparición en esta época, y los tripulantes del bergantín se apresuraron a darles caza, porque su grasa les era muy útil.

La salud de todos era excelente, y todos se ocupaban en hacer los preparativos necesarios para la partida. El tiempo que no se dedicaba a estos trabajos se empleaba en cazar.

Luis Cornbutte, que salía con frecuencia a examinar los pequeños canales que el deshielo abría, resolvió, a causa de la configuración de la costa meridional, intentar el paso más al Sur. Ya se había roto el hielo en diferentes puntos, y los carámbanos flotaban sobre el agua dirigiéndose a alta mar.

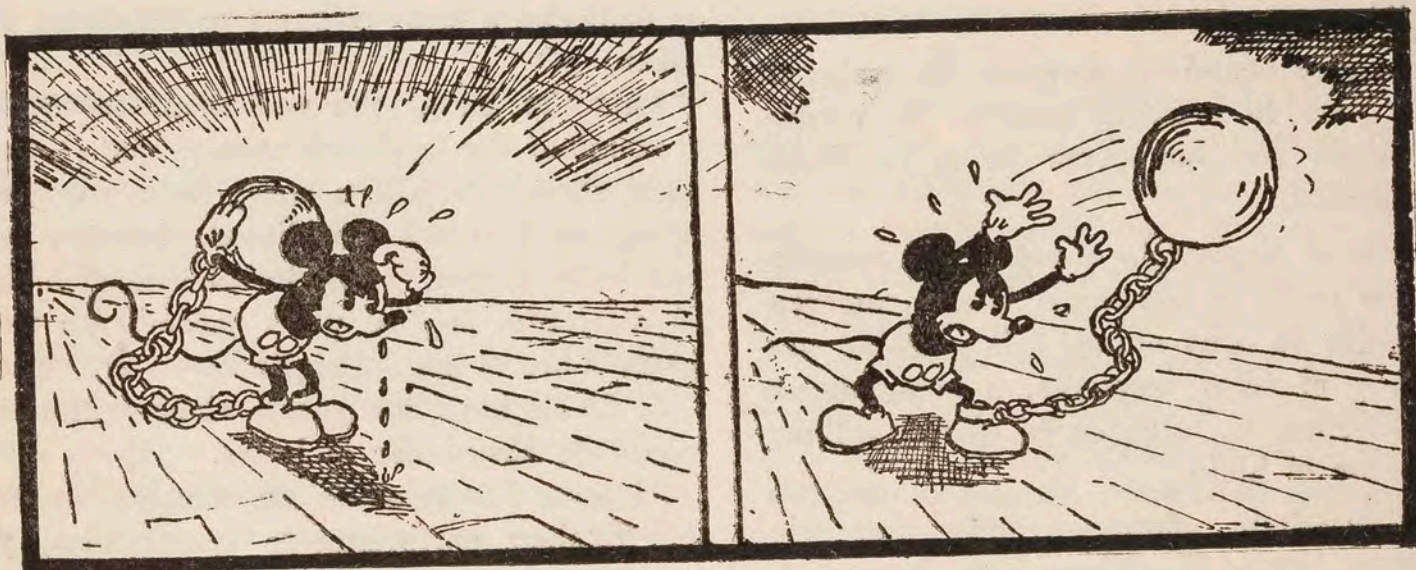
El 25 de abril fue puesto el bergantín en estado de abandonar la bahía.

Al sacar las velas de su estuche, se vió que estaban perfectamente conservadas, y cuando, colocadas en sus palos respectivos, fueron mecidas por el viento, el corazón de los marinos se inundó de alegría.

El bergantín se estremeció, porque había recobrado ya su línea de flotación, y, aunque no podía navegar aún, reposaba en su elemento natural.

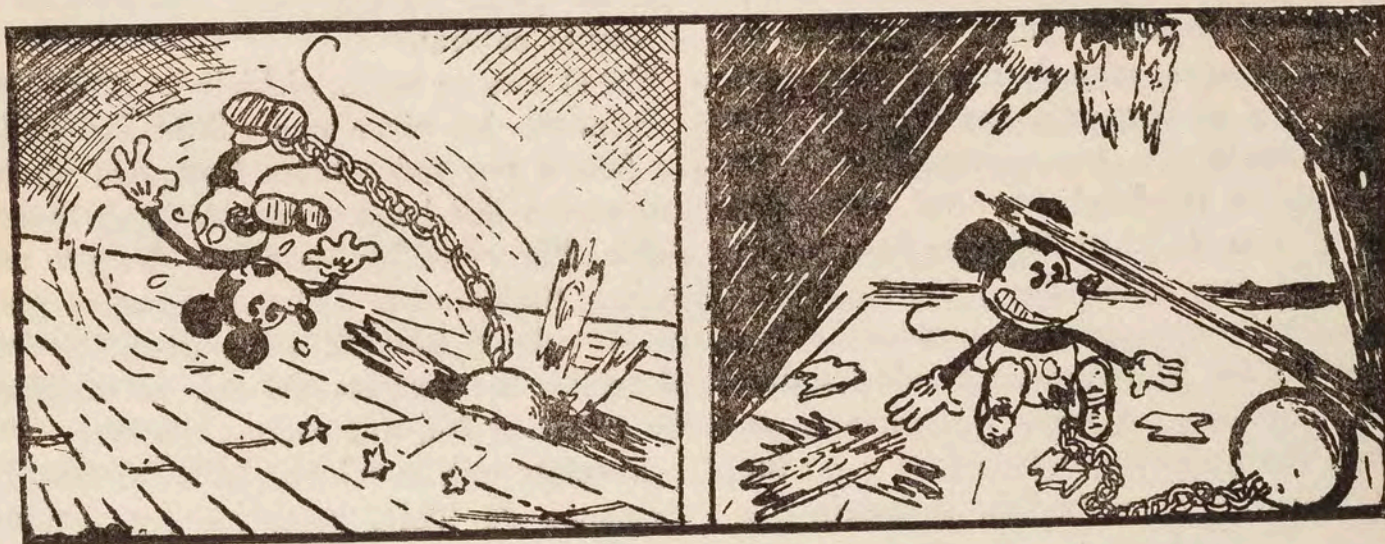
En el mes de mayo, el hielo se liquidó rápidamente. La nieve que cubría las orillas se fundía por todos lados formando un barro espeso que hacía a la costa casi inabordable. Por entre los restos de la nieve asomaban tímidamente algunas pequeñas plantas, rosadas y pálidas, que parecían sonreír al recibir las caricias del sol. El termómetro subió, al fin, por encima del cero.

A veinte millas del bergantín, al Sur, los témpanos de hielo, completamente sueltos, bogaban hacia el Océano Atlántico, y, aunque el mar no estaba aún completamente libre en torno del navío, se abrieron algunos pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.



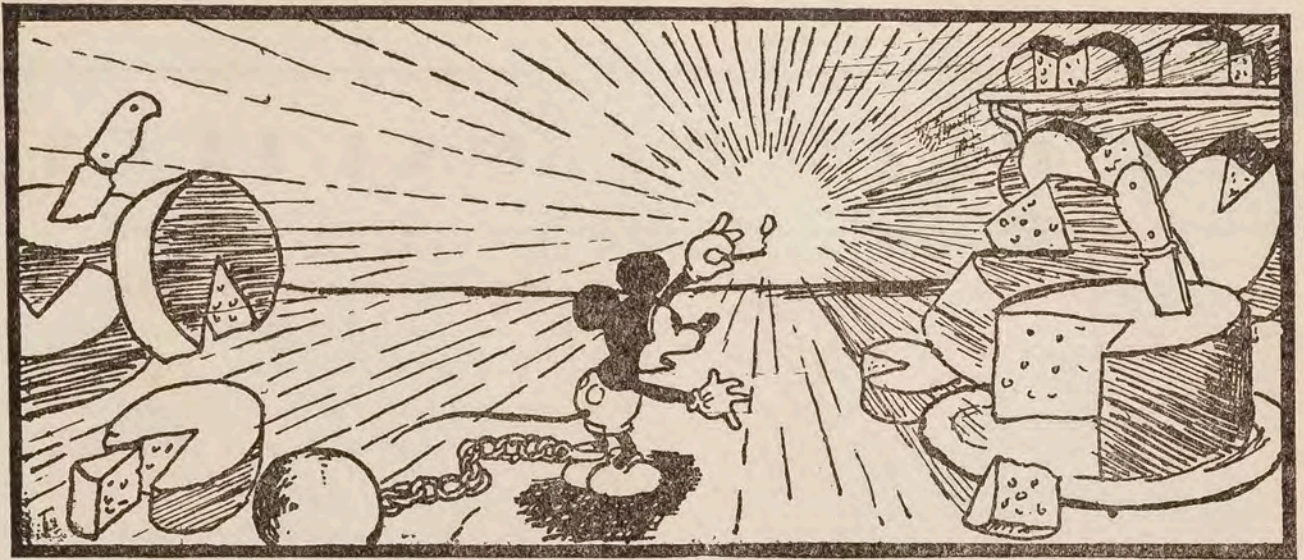
205.—“Sin esta maldita herencia qué tranquilos viviríamos.”

206.—“..... Sin esta herencia. Esta bola me mata. Es preciso desembarazarme de ella.”

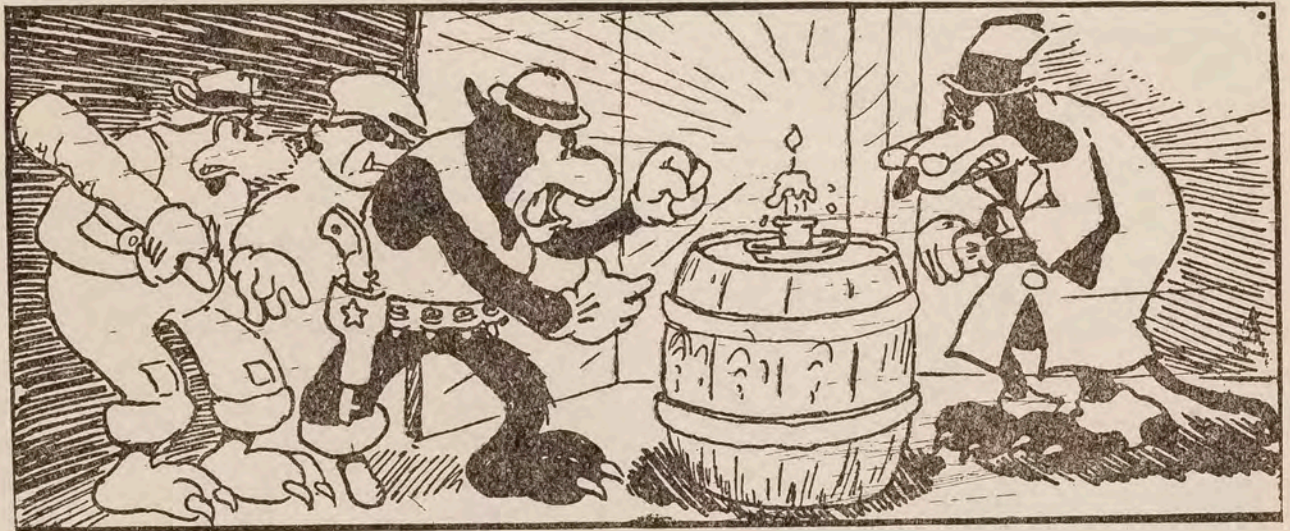


207.—“Voy a lanzarla con fuerza. Quizás la cadena se reviente. Bin! Ban! Bun!”

208.—“He hecho un agujero, he pasado por él, pero no he podido reventar la cadena.”



209.—“Afortunadamente tengo fósforos. Veamos qué hay. Ah! quesitos de Gruyere... para esta hambre que me cargo.”



210.—“Patrón, a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido hallar el tesoro. —Sois unos imbéciles! Buscad, buscad, que el tesoro tiene que estar ahí.”



211.—“Qué maravilla de quesos. Qué festín en perspectiva. Tan pronto como encuentre a Minnie, volveré aquí.”

212.—“Cómo me gustaría atarle esta bola al pícaro del notario y arrojarlo al agua.”

LA HIJA DE CARILÉS



(Continuación).

La pobre Migaja quiso en vano romper aquella cadena y huír; daban vueltas las chicas, con gritos y carcajadas, llamándola saltarina, titiritera, bruja, y aturdiendo sus oídos.

Sentía que la cogían y la empujaban, daban vueltas, iba y venía, aturrida, anegada en llanto, y siempre rodeada de la turba infernal.

—¡Dejadme, por Dios!, exclamaba, queriendo hacer parar a sus perseguidoras. ¡Dejadme salir, que mi padre me espera!

Por más que suplicaba, nadie le hacía caso; miraba todos aquellos semblantes infantiles, y en ninguno hallaba la expresión de piedad para su martirio. Rendida al fin, Migaja se tapó los ojos con las manos, y quedó inmóvil, no intentando ya huír, y murmurando con la voz ahogada por los sollozos: “¡Oh, padre Carilés!, padre Carilés!

De pronto cesaron el ruido y el movimiento, y en medio del silencio, la voz de Carilés, tan suave y apacible ordinariamente, resonó como la trompeta del ángel en el juicio final.

—¡Miserables criaturas!, exclamó, no de-

béis tener alma ni corazón cuando no tenéis piedad de una pobre niña sin padre ni madre! Y sois tan cobardes, que os complacéis en insultarla y mortificarla cuando el viejo Carilés no está aquí para defenderla! ¡Pobre corderita, que le había prometido yo que todas la amaríais como ella lo merece! Y vosotras no sois más que unas malas pécoras cobardes e insolentes! Pero no tengáis cuidado, no, que ya Dios os castigará.

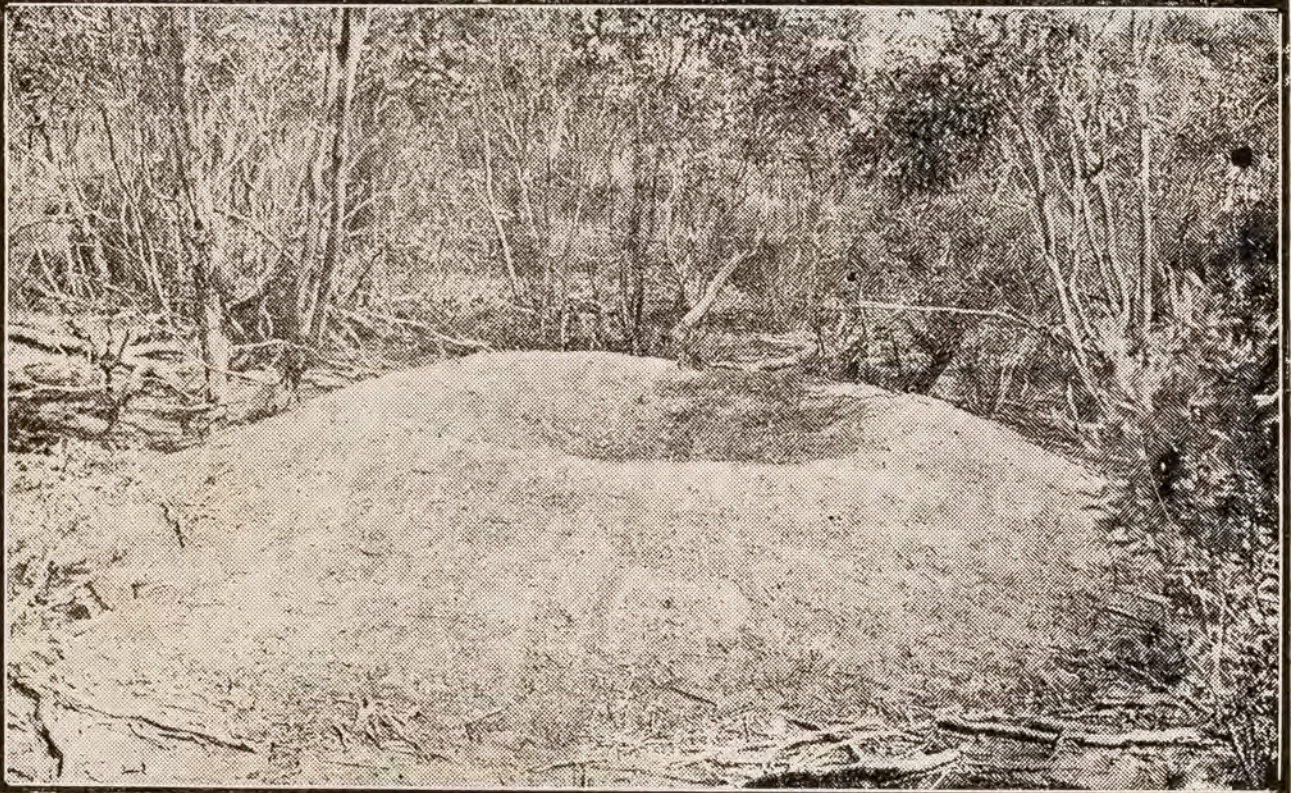
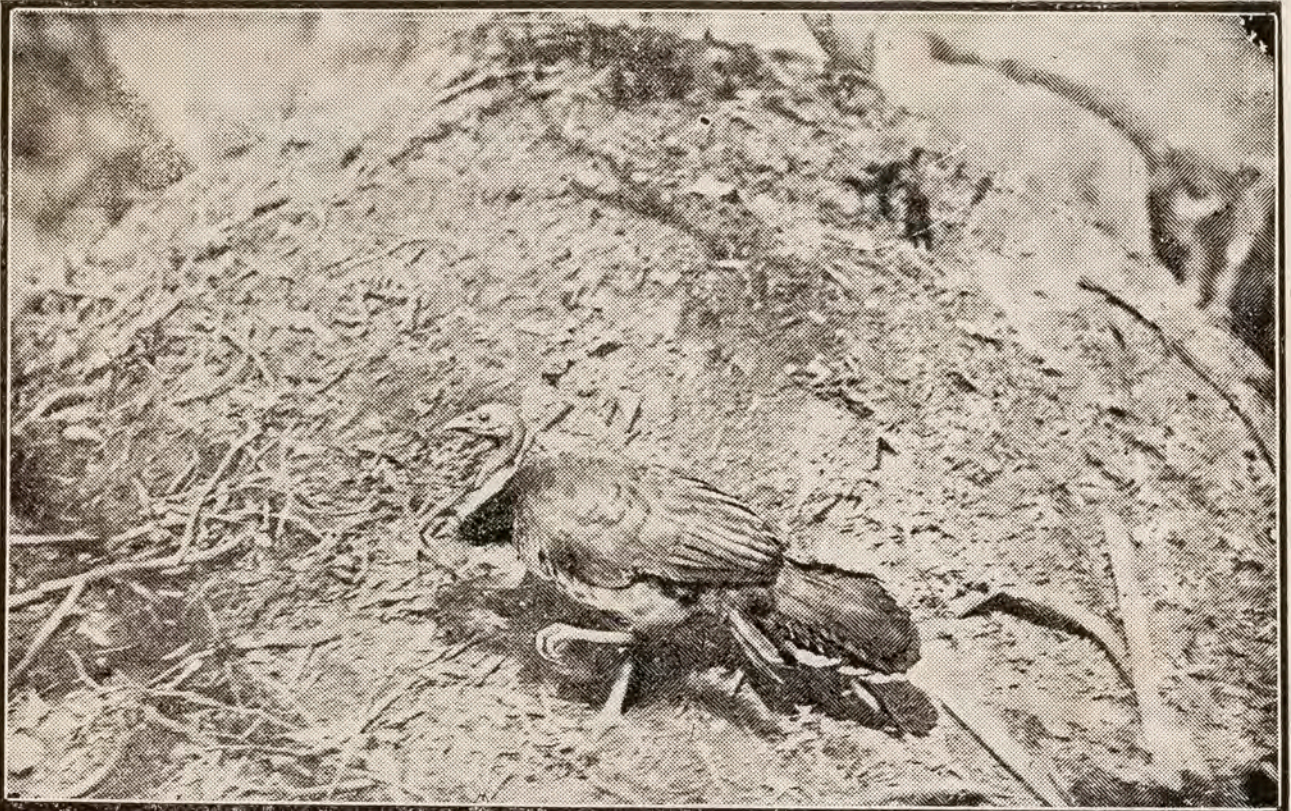
Recogió la cesta que Migaja había dejado caer, cogió de la mano a la niña y se la llevó, mirando con ira e indignación a las chiquillas, que habían quedado confundidas, aterradas.

CAPITULO XVI

¿Quién es Dios?

Ya no se volvió a hablar de volver a la escuela. Carilés colmó de caricias toda la noche a Migaja, y a la mañana siguiente le puso en la mano su paquete de plumeros, y se la llevó consigo sin hacer caso de las observaciones de Petronila, que pensaba que la niña se vería obligada un día u otro a las realidades de la vida, como todo el mundo, y que mejor era empezar a acostumbrarse pronto. Carilés no quería que la niña sufriera y llorara, y no admitía ninguna otra consideración. En cuanto a Migaja, siguió vendiendo plumeros, recibiendo el dinero, dando las gracias a los compradores y sonriendo, pero distraída y pensativa. Tenía en la imaginación muchas ideas. ¡Qué malas eran las niñas! ¿Sucedió siempre en el mundo que cuando no se tenía protector se encontraban personas tan malas...? ¿Era preciso absolutamente para vivir aprender todas las palabras que había oído la víspera en la escuela...? Y Carilés ¡qué bueno era! ¡Cómo la amaba y qué bien había sabido

(Pasa a la página 15)



INCUBADORAS CONSTRUIDAS POR AVES QUE SE SIRVEN DE ELLAS
PARA SUS HUEVOS

Ciertas aves de Australia no se posan sobre sus huevos para incubarlos, sino que hacen un montón de materias vegetales en el cual ocultan sus huevos. El calor producido por la fermentación del material amontnado, expuesto a la acción de los rayos solares, es suficiente para llevar a cabo el proceso evolutivo del huevo y dar vida a los polluelos. La fotografía inferior representa el montón hecho por la hembra del ave leipca. Los huevos están dispuestos en capas o lechos, separados unos de otros por medio de arena. En la parte superior se muestra la incubadora construída por el pavo megapodo túmulo, la cual representa varias carretadas de materias vegetales, para cuya recolección el ave invierte algunas semanas.



EN EL JARDIN ZOOLOGICO

I

Con nostalgia de víctimas la boca
Y nostalgia de selva la mirada,
Con la febril excitación del preso
Que su perdida libertad reclama,
En incesante batallar se agita
En su estrecho cubil la tigre hircana.
Nerviosa corre en torno de la reja,
Sacude y muerde las seguras barras,
Y el eco sordo de feroz rugido
Agita el aire de la estrecha jaula.

De su cubil en el rincón más hondo,
La cola tiende, las orejas pára,
La piel repliega, la cerviz recoge,
Y como flecha por el aire salta;
Recibe el choque, por el suelo rueda,
Tiembla la reja de seguras barras,
Pero la fiera se incorpora, gira,
Y otra vez ruge, se repliega y salta. . . .

II

Del ya naciente sol de primavera
Un tibio rayo penetró en la jaula,
Y en tanto un viento perfumado y fresco
Que en los barrotes al entrar silbaba,
Llegó hasta el fondo de la jaula estrecha
Y acarició a la fiera aprisionada;
¡Algo como una turba de recuerdos
¡Debió sentir y ver en esa ráfaga.
¡Algo como la arena del desierto,
¡Algo como las hojas de las palmas,
¡Algo como los ecos de los bosques,
¡Algo como perfume de montaña!
Porque se echó donde el reflejo tibio
Del sol de primavera penetraba,
Y abrió los ojos al azul del cielo,
Y abrió el pulmón a las tranquilas auras,
Tendió el hocico entre sus fuertes brazos,
Batió la cola y escondió las garras,
Nubló su rostro sombra de tristeza,
Rugió un gemido su feroz garganta,
Y apareció una lágrima luciente
En la pupila de la tigre hircana.

DIEGO URIBE

PAGINA PARA ILUMINAR



Hay en un árbol un nido,
hay en el nido tres huevos,
hay en los huevos tres picos
de tres lindos azulejos.

La hija de Carilés.

(Viene de la pág. 10.)

defenderla! ¿Cómo se le habría ocurrido todo lo que dijo a las niñas malas, él, que ordinariamente hablaba tan poco? ¿Y cómo se había incomodado tanto, él, que era tan apacible y nunca se enojaba? Y en fin, qué había querido decir cuando pronunció estas palabras: Dios os castigará?" Migaja estuvo todo el día preocupada, y por la noche, cuando su padre adoptivo fue a abrazarla en su cama, ella le besó tiernamente, diciéndole: "¡Te quiero!, te quiero!" Y después de un momento añadió: —Díme, díme, ¿quién es el que las castigará?

—¿A quién, hija mía?

—A las niñas malas, tú dijiste: —"Dios os castigará".

A Carilés cogió desprevenido esta pregunta de la niña.

—Hijita, respondió, yo no sé cómo explicarte... ¡Dios!, eso todo el mundo lo sabe.

—Yo no lo sé... Díme, ¿se aprende en la escuela?

—En la escuela..., sí, ciertamente; pero también se aprende sin ir a la escuela, porque yo nunca he ido y lo sé.

—Entonces, dímelo: ¿Castigará a las niñas malas? ¿Qué les va a hacer?

—No sé, pero las castigará, de seguro, porque es bueno y no quiere que las niñas



sean malas; ni las niñas ni nadie. Ama todo lo que es bueno.

—Entonces te ama a ti, dijo la niña, apretándose contra el pecho del viejo. ¿Dónde está Dios?

—En el cielo, el hermoso cielo azul, donde están las estrellas. El es quien las ha hecho, y también el sol, y la tierra, y los hombres, y todo.

—Y le ocultan las nubes, que no se le ve nunca...?

—Nadie lo ve, pero está en el cielo y es bueno; así es Dios.

—Me alegro mucho de saberlo, murmuró Migaja.

Y como se caía de sueño, sus dedos, que estrechaban la mano de Carilés, se desasie-

ron poco a poco y se estiraron sobre la colcha; sus ojos se cerraron y se soñó con un Sér poderoso y bueno, que habitaba en lo alto, en lo más alto del cielo, y cuya mirada benévola y protectora penetraba a través de las estrellas para velar por los buenos.

Carilés fue a acostarse también, pero no se durmió tan pronto como la niña. La pregunta de Migaja le había impresionado profundamente. Como no recordaba dónde había aprendido él quién era Dios, no se le había ocurrido que Migaja tuviera necesidad de aprenderlo; y comprendía en aquel momento que era preciso que lo aprendiera, y que lo aprendiese de él mismo, porque estaba resuelto a no volverla a mandar a la escuela. “Y además, pensaba, ¿acaso sabrán quién es Dios esas criaturas que no tienen piedad en el corazón, y esa maestra que no ha sabido otra cosa que asustar a mi pobre niña? Yo no soy más que un pobre hombre ignorante, y cuando la recogí supe hallar modo de aquietarla y no espantarla. No hay necesidad de estudiar en los libros para esto, y no sé para qué les ha servido ayer lo que han aprendido a esas niñas. Es preciso que procure acordarme de todo lo bueno que he oído decir en mi vida (y a mi edad se han oído por cierto muchas palabras buenas y malas), es preciso que me acuerde de las buenas para responder a la niña cuando me haga otras preguntas. No he sabido explicarle lo que me preguntó esta noche, y de seguro no me ha comprendido.

Y a fuerza de buscar una explicación sencilla de la idea que él tenía de lo que era Dios, Carilés acabó por dormirse también.

CAPITULO XVII

Un conato de venganza.

Durante muchos días Migaja siguió preocupada. Había adquirido la convicción de la triste verdad de que hay malvados en el mundo. Esto lo sabía antes, pero lo había olvidado desde que en seis meses no había encontrado más que buenas almas, o acaso había concluido por pensar que sólo los sal-

timbanquis eran malos. Ya tenía miedo y desconfiaba; presentaba tímidamente sus plumeros, y su voz temblaba cuando los ofrecía y daba las gracias a los compradores. Estaba cohibida en presencia de Petronila, que había hablado una o dos veces de volverla a enviar a la escuela; pero estaba cada vez más tierna con Carilés. Cuando lo abrazaba apretaba todo lo fuertemente que podía, pero sin reír ni charlar como antes, el buen hombre le devolvía las caricias suspirando; conocía que había algo sobre aquel corazón infantil que él no sabía cómo quitarle. Y era, en efecto, una pesadumbre bien grave para un corazón de seis años; temores y desconfianzas, humillación, porque Migaja recordaba todas las frases injuriosas que le habían dicho, y rencor también, porque acordándose de sus enemigas, experimentaba cierto placer en repetir: “Dios las castigará”, y hubiera querido castigarlas ella misma.

Llegó el sábado, y Migaja se presentó más animada y alegre. Era porque el sábado Carilés no dejaba nunca de recorrer la bonita villa de Las Rosas, y allí encontraba Migaja cinco rostros amigos que no le inspiraban más que ideas risueñas. Parecióle largo el camino, y Carilés tuvo que detenerse tantas veces antes de llegar, que su provisión de molinos estaba casi agotada cuando entró en la verja.

Migaja se impacientaba. “¿Si habrán salido?”, pensaba. Y en aquel momento vio a algunos pasos de ella a una niña a quien reconoció; era precisamente la que menos generosa se había mostrado y más la había mortificado en su único día de escuela. Migaja se puso encendida y la cólera la cegó. Se bajó, cogió una piedra en el arroyo y la arrojó contra su enemiga. Después, asustada de lo que había hecho, y temiendo represalias probables, huyó, volviendo la cabeza para ver lo que sucedía.

No vió nada, porque su proyectil, lanzado por una mano débil, había caído sin llegar a la otra niña. Esta no lo vio tampoco, porque había mirado súbitamente a otro lado para no encontrar la terrible mirada de Carilés.

EL VALOR DE LOS PANCHES

Españoles y chibchas formaron un solo ejército para combatir a los panches. Era esta poderosa tribu dueña de los territorios que se extendían desde Villeta hasta Tocaima, su ciudad principal. La fama de ferocidad de que gozaban era reconocida por todos los aborígenes, que decían aterrados a los españoles que era temeridad entrar a las tierras de estos indios que devoraban crudos a cuantos hombres caían en sus manos, bebiéndoles la sangre con atroz regocijo. Espantable era su figura: la cabeza de los hombres tenía la forma de una pirámide, pues desde chiquitos les amarraban a la cabeza dos tablillas, una por delante y otra en la parte posterior, que impedía el desarrollo natural del cráneo al que daban esa forma terrible de pirámide. Cuando salían al combate se cubrían de plumas muy vistosas, se terciaban el carcaj para las flechas envenenadas y se adornaban con collares de dientes humanos. Su disciplina militar maravilló a los desprevenidos españoles, cuando se vieron a presencia de innumerables panches que en número de tres o cuatro mil los esperaban para pelear.

Cosa fue de ver aquellos escuadrones de indios que parecían disciplinados por militares europeos, desfilar maravillosamente ante los ojos de españoles y chibchas. Aquellos apenas tuvieron tiempo de picar sus caballos y lanzarse lanza en ristre contra aquella muralla humana. Los geuchas chibchas, aterrados, emprendieron la huída y dejaron en el campo de batalla solos a los pobres conquistadores. Zumban las hondas, silban las flechas y dardos y después de varias horas de brega vencen los españoles, que gracias al algodón con que se cubrieron antes del combate lograron casi todos salir ilesos del veneno de las flechas. Seis heridos y tres caballos tuvieron que ser quemados con hierros al rojo para defenderlos del veneno. El triunfo coronó la temeridad de los conquistadores, a quienes sus compañeros que se habían quedado en Bacatá dieron por muertos, pues hasta allá llegaron los aterra-

dos chibchas a llevar al General Quesada tan triste noticia.

Regocijado alzó Céspedes su campo y ya regresaba a la sabana cuando grandes gritos, que más parecían rugidos de fieras que voces humanas, lo detienen. ¿Quién será? Es un indio panche que cuando sucedió el combate se hallaba lejos de su pueblo y que ahora quiere él solo vengar a sus muertos y hermanos. Con velocidad vertiginosa empuña la macana y se arroja contra el escuadrón español. ¿Qué pretende? A gritos lo dice: Vengar a los suyos ya que ayer no pudo pelear. Cobardes los llama, y de un golpe derriba del caballo al primer soldado que alcanza. El capitán Céspedes quiere ponerlo prisionero para llevárselo como trofeo al General, porque hombre como ese que así era de patriota y de valiente, bien merecía salvarle la vida. Este panche, que es acreedor a un monumento porque él solo quiso vengar a toda su raza y eliminar para siempre al intruso que le quería robar su pueblo y apoderarse de todas sus tierras. El desgraciado no pudo vengar la afrenta porque el soldado que había herido le degolló de un tajo de su espada. Otra suerte merecía este gran patriota panche.

Apesarado Céspedes ordena seguir adelante y a poco andar otra escaramuza de indios le sorprende. Ordena a su gente alistarse al combate, pero los chibchas que mira delante de sí, alzan una cruz y una bandera blanca. ¿De dónde indios con el símbolo de la Iglesia Católica? Son enviados de Quesada que traen a Céspedes una carta diciéndole cuánto lo ha pensado por la pérdida de sus soldados y de sus oficiales en la derrota, que el Mariscal creía le habían propinado los panches. En regocijo tornóse este llanto del General cuando desde su cuartel de Funza ve a lo lejos aparecer a los mismos que hacía días habían salido en busca de Thisquesusa y de la tierra del oro. Por entonces no se pensó más en atacar a los aguerridos panches que tan valientes se mostraron en esta primera batalla.

Tío Remiendos.

TRABAJOS MANUALES

Nº 6

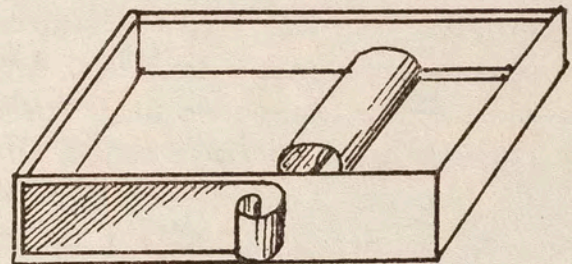
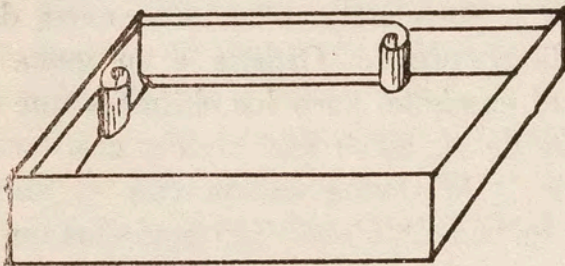
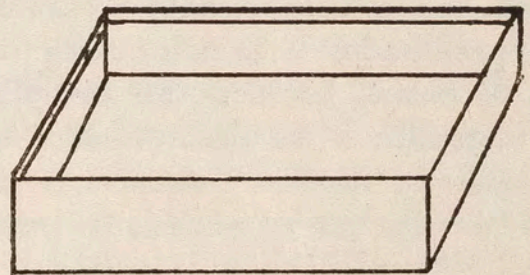
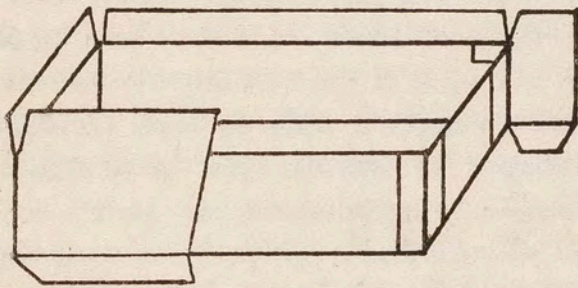
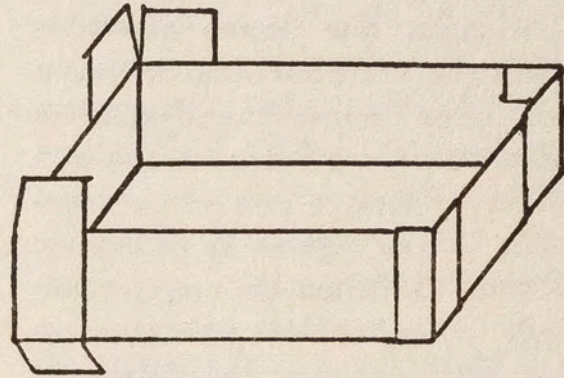
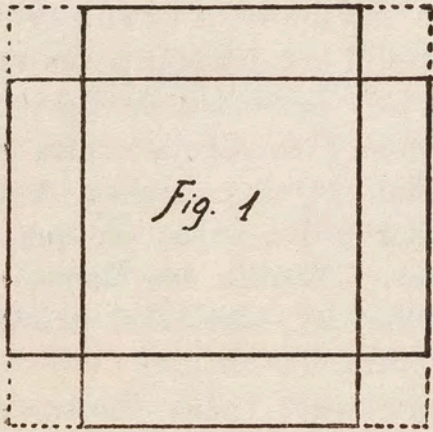


Fig 5

Fig. 6

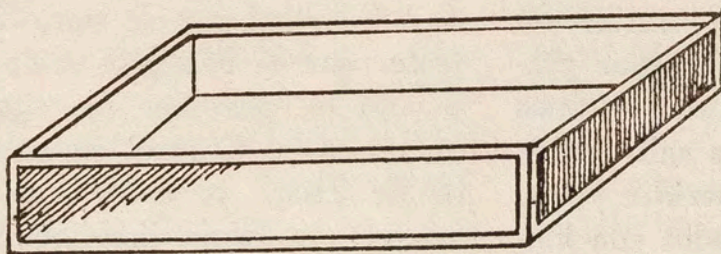


Fig 7

EXPLICACION DE LA PAGINA ANTERIOR

Caja común.

Material: cartón y papel.

PROCEDIMIENTO:

En un cuadrado de cartón de 15 x 15 cms. trácense líneas a 3 cms. de distancia de las orillas (Fig. 1). Sáquense los cuadraditos que resultan en las esquinas, y por las líneas marcadas, háganse con la punta del cuchillo incisiones hasta la mitad del espesor del cartón. Dóblense las paredes de la caja hacia el lado contrario de la incisión y júntense las esquinas con papeles engomados (Fig. 2). Por la parte exterior fórrese con una tira de papel tan largo como el contorno de la caja y de 5 cms. de ancho de manera que pueda doblarse hacia abajo y hacia adentro, una vez hechas las cortaduras en las esquinas para facilitar el doblar (Figs. 3 y 4).

El interior se forra con una tira

de papel claro que cubra las paredes hasta unos 2 mms. más abajo de la orilla (franja) y doblando sobre el fondo un medio cm. (Fig. 5). Luégo en el fondo se coloca un papel del mismo color, y de las mismas dimensiones del fondo de la caja (Fig. 6). Por debajo se cubre con un papel ordinario (cuadro N.º 4, figura 2).

Sobre los lados exteriores de las paredes de la caja aplíquense tiras de papel de otro color y de dimensión 2 mms. menos de las dimensiones de las mismas paredes, para formar las franjas de que ya se ha hablado (Figs. 6 y 7).

El objeto terminado invita al niño a repetir el trabajo para organizar sus útiles y sus colecciones escolares.

LUIS E. REYES

EL DIAMANTE

En el Diccionario de la Academia Española se lee que el diamante es una piedra preciosa, la más estimada de todas. Esto, en lenguaje científico, es inexacto: el diamante no es piedra: es un mineral que pertenece a la clase de los combustibles y es *carbón puro cristalizado*; tampoco es el mineral más estimado, porque el rubí oriental—que sí es una piedra—tiene un precio más elevado que el diamante.

Entre el carbón que se quema en los hogares, y el diamante que sólo se ve en las joyas de los ricos, no hay sino esta diferencia: el carbón es carbono mezclado con otras substancias tales como hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, cenizas y agua; además no cristaliza; el diamante es carbono puro y cristalizado en

octaedros regulares y otras formas derivadas de ésta; además el primero es siempre negro y se deja rayar por una punta de hierro; el segundo es casi siempre incoloro y el cuerpo más duro conocido.

El diamante arde, como el carbón, si se le somete a una alta temperatura dentro de una campana de oxígeno, y no deja residuo alguno: es, pues, un verdadero combustible que se convierte en anhídrido carbónico, que es un gas venenoso.

Todos los pueblos que conocen el diamante, lo han considerado como el símbolo de la *pureza* y la *inocencia*. Los malayos que pueblan la Oceanía occidental, dicen que el diamante se empaña al contacto de la mano de un traidor y permanece límpido en la del hombre fiel.

JOAQUIN ANTONIO URIBE

EL NIÑO FILATELISTA

Entre las estampillas que habéis ido coleccionando con tanto trabajo y perseverancia, una de las más interesantes es la de Haití, que representa un castillo en ruinas, de valor de diez céntimos. En ella se recuerda la extraordinaria historia del esclavo negro Enrique Cristóbal, que llegó a ser Rey de la parte oriental de la isla.

Cristóbal, que recibió el título de Enrique I, se propuso como fin de su gobierno que ninguno de sus súbditos permaneciera ocioso, que todos trabajaran. Con tal objeto fundó o ayudó a la fundación de ingenios de caña, hizo levantar magníficos edificios, y distribuyó trabajo a todo el mundo. Desgraciadamente, la índole de los negros es perezosa y por este motivo le cobraron odio al Rey que los obligaba a estar ocupados en obras de progreso y utilidad.

Más de cien años han corrido desde los tiempos de Enrique Cristóbal y aún permanece vivo el odio que despertó, a tal punto, que jamás en una estampilla de Haití ha figurado su retrato. No ha tenido aquella isla un gobernante tan progresista como el Rey negro, y, sin embargo, el único recuerdo suyo que ha quedado en los sellos de correos, es la pintura de la fortaleza en ruinas que hizo construir en lo más alto de una colina. Es una fábrica de piedra, bajo cuya hermosa torre, se encontraban los salones, las bóvedas para guardar los tesoros de la Corona, los depósitos de alimentos etc. En los tiempos del Rey, trescientos sesenta y cinco cañones —uno para cada día del año— asomaban sus bocas de bronce en los recios muros de piedra, como ad-

vertencia a los intrusos y revolucionarios.

El Rey Enrique era ingenioso, inteligente y astuto. De él se refieren muchas anécdotas. Voy a referiros el truco de que se valió una vez para deslumbrar a un almirante inglés que fue a visitarlo:

Invitado el almirante a pasar revista a las tropas, éstas fueron pasando ante él por cientos y miles. El inglés no salía de su admiración al ver desfilar en sus brillantes uniformes a más de treinta mil soldados, en perfecto orden y disciplina.

Lo que no sabía, era que las tropas que pasaban ante él, tomaban a la izquierda tras de una de las alas de la fortaleza, y rápidamente se cambiaban de uniforme y volvían a pasar, como nuevos contingentes. De esta manera mil soldados se transformaron en treinta mil.

El Rey observó bien pronto los síntomas de descontento de sus súbditos, que no supieron comprenderlo ni apreciarlo, y cuando se convenció de que ya no contaba con su lealtad, se quitó la vida de un tiro, empleando para ese acto una bala de oro. Sus familiares enterraron su cuerpo en el patio de la fortaleza de piedra, y desde entonces el edificio ha permanecido abandonado y solitario.

En un tiempo una parte de aquella fortaleza fue destruída por revolucionarios codiciosos que buscaban tesoros que el Rey, según una leyenda, había ocultado allí; pero nada encontraron.

Hoy la ruinoso fortaleza parece decir al pueblo de Haití: "Mientras yo esté en pie no podrás olvidar al Rey Enrique".

QUIEN ES EL AMO DE LAS MONTAÑAS

Un padre y su hijo, después de un largo paseo, se habían tendido sobre el césped y hablaban del suceso que en aquellos días era objeto de las conversaciones de las gentes de la localidad: se trataba de la compra de todos los bosques de la comarca que había realizado una poderosa compañía industrial con el objeto de explotar sus maderas.

Iba el padre refiriendo al hijo la organización de la compañía, los propósitos que tenía, cuando el niño lo interrumpió exclamando:

—Bueno: no importa que esos señores hayan comprado las montañas; todo el mundo podrá seguir contemplándolas igualmente, ¿no es verdad?

Al oír esto, el padre guardó un profundo silencio; las palabras de su hijo desviaron el curso de sus pensamientos, y olvidándose de la compañía industrial, de sus capitales y organización, se puso a contemplar el magnífico panorama de las montañas.

Ante su vista se alzaban, destacándose sobre el fondo dorado de la puesta del sol, los agudos picos de recortada y audaz silueta; más abajo las montañas aparecían cubiertas por espesos bosques que se hundían en los valles ya oscuros, y en la llanura aparecían colinas de

un verde más claro, cubiertas también de rica vegetación.

Todo esto es verdaderamente nuestro —pensó entonces—; nosotros hemos recorrido y conocemos en todos sus detalles y rincones aquel campo, aquellos bosques, aquellas hondonadas y hasta aquellos picos altivos. ¿Qué importa que no tengamos escrituras, ni cobremos rentas, si todo esto se nos ofrece a diario, y esta propiedad nos produce, sin que nadie pueda oponerse a ello, salud, alegría y la paz del alma? ¿Quién es más propietario y explota mejor un campo: el que vende el trigo que produce, por el cual recibe algún dinero, o el que se extasía ante su vista, el que goza de cada movimiento gracioso de sus espigas, de cada entonación armónica de sus colores y que sabe recoger de las amapolas que brillan al sol impresiones inefables que enriquecen su espíritu?

El padre concluyó así en voz alta:

—Hijo mío, has dicho bien. Estamos acostumbrados a medir la riqueza por la acumulación de bienes, pero esta medida es falsa. El más rico es el que más ama y el que mejor comprende, porque ése es también el que más posee.

EL ASNO Y LA SAL

Un comerciante poseía un asno muy mañoso, y cierto día se fue con él a las salinas, que se hallaban cerca del pueblo, con el objeto de llevar a su casa unos sacos de sal.

Tan pronto como el asno sintió

sobre su lomo la pesada carga, empezó a andar cabizbajo y tan despacio como pudo, dando así señales de no estar muy conforme con aquel trabajo.

El camino que conducía al pueblo estaba cruzado por varias co-

rrientes de agua, y sucedió que al atravesar vadeando la primera de ellas, el asno tropezó con una roca y cayó, quedando en gran parte sumergidos en el agua los sacos de sal que conducía. Cuando se levantó, al cabo de un rato, observó el astuto animal que la carga se le había aligerado, y se alegró en extremo.

Al atravesar el segundo río no tropezó, sino que se dejó caer intencionalmente en el agua, y como perdió otra gran cantidad de sal, se llenó de regocijo.

Pero no había pasado inadvertida para el ojo vigilante del amo la maniobra del borrico, y viendo que había perdido tanta sal, le hizo desandar el camino, dispuesto a renovar la carga.

Mientras iba andando, pensaba el amo en el medio de corregir al asno de aquella nueva maña que había aprendido, y al poco rato sonrió satisfecho de haber hallado la solución que buscaba.

Así fue que al llegar a las salinas,

no llenó los sacos de sal, sino con esponjas, y así cargado el borrico se dirigieron de nuevo al pueblo.

El animal iba muy contento: "Qué carga tan ligera llevo", decía para sí, y trotaba muy alegre por los caminos pedregosos.

Al llegar al primer río pensó: "Aquí voy a aligerar un poco esta carga, que por cierto no es muy pesada", y se dejó caer en el agua como las otras veces.

Al salir de ella notó con sorpresa y desagrado, que esta vez la carga pesaba más. "Vaya, pensó, ya me desquitaré en la próxima corriente". Repitió allí lo que tenía por costumbre, y ¡oh sorpresa!, la carga le resultaba mucho más pesada.

Viendo el pobre jumento que sus mañas no daban otro resultado que el de aumentar sus fatigas y trabajos, resolvió no tirarse más al agua, y su dueño pudo en adelante traer la sal a su casa sin sufrir más percances en el camino.

EL NIÑO NATURALISTA

(*Familias de plantas urticáceas*).

Numerosa, bella, útil y variada es la familia de las urticáceas. Sus especies no tienen rasgos fisonómicos que denuncien su parentesco. Es una familia "por encadenamiento", es decir, muy artificial, formada por los botánicos modernos para reunir en un grupo vegetal las viejas urticáceas y las artocárpeas, móreas, ulmáceas, etc., cuyos caracteres difieren un poco entre sí, salvo entre las flores unisexuales, o sea, unas con estambres y las otras con pistilos.

Las plantas de esta nueva fami-

lia más comunes en Antioquia son: "Arbol del caucho". De que hay varias especies, estimadas porque producen la útil substancia conocida con el nombre de *caucho*, que es un artículo de comercio.

"Arbol del pan". Vegetal nativo de la Oceanía, cuyos frutos suplen el pan en aquellas islas. Se le ha cultivado en Medellín.

"Higuera". Especie muy importante porque su fructificación es magnífico alimento. Por acá, algunos le llaman "brevo".

(Continuará).

BOSTON SCHOOL

OF ENGLISH

For

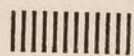
GIRLS AND BOYS

From

5 TO 12 YEARS OF AGE

—
Strictly English Spoken

—
Each student an individual,
thoughtfully studied.



Carrera 6a. No. 5-63

Tel. 77-30

CORREO A PASTO EN TRES DIAS

Correos diarios - Pasajes - Equipajes - Encomiendas - Carga y Giros.

Dos despachos fijos semanales de y para Medellín, Cartagena y Barranquilla, con mensajeros prácticos y honorables que viajan cuidando la mercancía que se nos confía. 28 años de práctica. 86 Oficinas en todo el país.

Telégrafo: "GERRIBON"

Carrera 8a., No. 14-88.

**EXPRESO COLOMBIANO S. A.
DE RIBON E HIJOS**

EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

—
En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCONTRARAN LOS NIÑOS
ESTAS OBRAS:

Cuentos del abuelito
Vida de Jesucristo
Episodios de Historia Sagrada
Cuentos para niños
Vidas de hombres célebres
Episodios históricos
El libro de las maravillas
Tardes de Otoño
Los hijos del héroe
Flores de juventud
Verdades y fantasías
Desconocidas aventuras de Teresa Panza

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros
de ciencia y de arte escritos especialmente para
los niños.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-
CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos** !

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

**GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO**